
Salvador de Madariaga

“Mucho oro y poco pan”

“Y al fin y al cabo, ¿quién es capaz de probar que la especie humana entera no se va a volver loca un buen día?”. Cuando hace algunos años, en vísperas de esta guerra que acaba de terminar, le oí estas palabras a un conocido prohombre del ambiente internacional de Ginebra, lo que más me llamó la atención no fue el aire de profecía siniestra que tomaban en sus labios –era griego, y, por lo tanto, algo oráculo– sino lo bien que se aplicaban a sucesos que ya entonces estaban ocurriendo. Por aquellos días publicaba *Le Temps* en dos columnas, por cierto contiguas, que el gobierno francés había decidido apoyar con fuertes subsidios el cultivo del café en sus territorios africanos, y que el Brasil estaba enviando a altamar cargamentos enteros en obsequio a los peces del océano, por no conseguir que nadie se lo comprara, ni aun para combustible. Entretanto, bajo esas formas de prestigio social que siempre adoptan los hechos universalmente aceptados, hombres y naciones por todas las partes del mundo se entregaban a actos no menos absurdos y aun monstruosos. Por ejemplo, se extraía –y se sigue extrayendo– el oro de las minas del África del Sur y de otros países a gran costo de capital y de trabajo; se transportaba el metal con gasto no menor a Londres y se enviaba después a los Estados Unidos, donde con gran derroche de detectives, guardia armada y mecanismos eléctricos de seguridad... se volvía a enterrar en los abismos de Kentucky, donde el metal, después de haber relucido unos instantes sobre la superficie del planeta, volvía a dormirse en la inutilidad, como dormido había estado milenios enteros en sus yacimientos de origen. Todo absolutamente loco, pero con ese decoro grave y solemne que algunos locos consiguen cuando llegan a gozar una posesión absoluta de su locura.

Actualmente, contemplamos ejemplos análogos de enajenación mental bajo formas de la política más correcta y segura de sí.

El estado en que todos nos hallamos no es ni de paz ni de guerra. Por eso es tan inestable. La guerra, como la paz, pronto halla su régimen de equilibrio dinámico, poniéndose desde entonces a funcionar con la regularidad perfecta de un motor bien engrasado. En Europa hay países en los que todavía se agitan los últimos coletazos políticos y sociales de la tormenta bélica. En los Estados Unidos, sacude toda la fábrica del Estado la conmoción que implica el reajuste de la economía de guerra a la economía de paz. Estiman algunos observadores que la nación norteamericana se halla abocada a un paro forzoso de entre ocho y once millones de trabajadores. Cosa notable si se tiene en cuenta que Europa necesita con urgencia productos que bastarían para ocupar durante meses, si no años, a todos esos trabajadores cuyos hogares amenaza el paro. Y surge la pregunta: ¿cómo es posible que estas dos series de hechos ocurran simultáneamente en el planeta? ¿Serían las palabras del oráculo griego una profecía o una mera observación?

Uno de los remedios que se han propuesto en los Estados Unidos para paliar el paro forzoso que amenaza, es una campaña para elevar el nivel general de lo que el Middle West norteamericano considera como necesario para la vida corriente, a fin de incitar a la masa media norteamericana a comprar grandes cantidades de mercancías de lujo por considerarlas ya como necesarias y no como superfluas, y de este modo poner en marcha las ruedas de la gran maquinaria industrial del país. O, en otra forma, lo que se propone es que, mientras una parte del mundo lucha desesperadamente por rehacerse de la devastación más espantosa que jamás se vio, careciendo hasta de las mercancías

más indispensables en este empeño, otra parte del mundo va a ser objeto de estímulos artificiales para elevar su consumo de mercancías superfluas; y, para decirlo con las palabras del humorista norteamericano, va a comprar mercancías que no desea con dinero que no tiene.

¿Dónde se oculta la raíz del mal? Sencillamente en la torsión que al pensamiento moderno imprime la importancia desproporcionada que da a la economía, y en el olvido de la verdad fundamental que el mismo Adam Smith, padre de la economía, proclamó con estas palabras inmortales: **No hay más riqueza que la vida.** En nuestro mundo moderno, hemos invertido esta máxima tan sabia, adoptando como principio que *no hay más vida que la riqueza*. Y así van las cosas: el oro enterrado en Kentucky, y el hambre y la muerte devastando la Tierra. No es el corazón lo que ha fallado: es el cerebro. La intención no es mala. Lo es el entendimiento. Nuestro error consiste en creer que las naciones son casas comerciales, y no miembros vivos de un cuerpo más vasto; en no darnos cuenta que los cambios comerciales entre naciones no son tan sólo fenómenos económicos sino biológicos también, y por lo tanto no pueden considerarse como meras relaciones comerciales entre empresas distintas. Comenzamos por padecer una alucinación visual: vemos a nuestro país como una mancha de color sobre el mapa, y creamos por lo tanto que termina en el perfil de sus fronteras. Olvidamos las venas y arterias, los nervios y músculos que en forma de ferrocarriles, carreteras, alambres telegráficos y telefónicos, líneas de navegación, ligan nuestra nación a las demás como miembros de un cuerpo; y tan intimamente que toda la vida de las naciones se funde en una vida sola. A cada guerra mundial, los sucesos vienen a poner este hecho más de relieve. En ésta, hemos tenido que encerrar los coches en Zurich, Estocolmo o Lisboa, porque no había goma para las llantas, a causa de que los ingleses habían perdido a Malaca y los holandeses a Sumatra, mientras que griegos y daneses, húngaros y noruegos han padecido hambre porque los ingleses y los alemanes no se entendían sobre la política mundial.

Y sin embargo, todavía seguimos imaginándonos la guerra como un duelo entre dos contendientes que termina en cuanto uno vence al otro. Todavía no somos capaces de comprenderla como una enfermedad grave del cuerpo político de la comunidad universal. Así se explica que en cuanto se rindieron Alemania y Japón, todos dimos por terminada la guerra; y el presidente Truman, en cumplimiento estricto de la ley, dio por cerrado el sistema de préstamo y arriendo. Técnica y económicamente, tenía razón. Jurídicamente, también. Pero, biológicamente, que es lo que importa, no la tenía. Como estado jurídico, la guerra ha terminado. Como hecho positivo de la vida humana, es decir, como crisis grave de la salud del ser humano colectivo, la guerra continúa, como cualquiera que medite sobre el hambre de Europa y el paro forzoso en Norteamérica comprenderá.

Durante cinco años, los Estados Unidos, con magnífico desprecio por la economía, y obrando biológicamente, han estado exportando gigantescas cantidades de mercancías en que incorporaban sus materias primas más selectas y su mano de obra más especializada, arrojando toda esta riqueza gratis sobre Alemania. En los Estados Unidos no se le ocurrió a nadie pedir que los alemanes pagasen, ya con oro, ya con importaciones, tantas magníficas bombas, tantos soberbios aparatos de aviación, tantos pilotos costosamente preparados (el hombre, en economía, es una mercancía también) que a diario se entregaban sin contar el gasto en suelo alemán. Desde el punto de vista económico, esta operación era pura locura. Desde el punto de vista político, pura necesidad. Pero ahora ha terminado la fase violenta de la crisis. El *acceso bélico* pasó; pero la crisis prosigue. El enfermo está todavía grave. Y, sin embargo, los Estados Unidos, retornando súbitamente a esta *razón económica*, que es nuestra sinrazón contemporánea, compulsan su balanza de pagos con ojos de mercader. Pero no hay más riqueza que la vida.

¿Por qué no continuar con el sistema que prevaleció durante el acceso bélico, sistema gracias al cual pudo dominarse? ¿Por qué no continuar arrojando sobre Europa miles de toneladas de mercancías sin

pedir un centavo de compensación? Carriles, puentes, coches y vagones, locomotoras, automóviles y camiones, víveres, ropa. ¿Quién se hallaría en peor situación? –*J'ai mal à votre estomac* –escribía a su hija Madame de Sévigné. Cuando se encuentren los Estados Unidos en el barrizal del paro forzoso, sufrirán la enfermedad europea. Si en vez de dedicar a su masa obrera a fabricar productos de lujo para el Middle West, los Estados Unidos la pusieran a fabricar productos indispensables para que Europa no se muera de hambre y de frío, la gran nación americana haría mucho más que estabilizar su propia economía: pondría en movimiento una corriente de sabiduría y de buena voluntad que quizás cambiara para siempre los destinos del mundo.

Al llegar aquí, el economaníaco salta y dice: "¿Y de dónde van a salir esos millones? La deuda federal se acerca ya a los tres mil millones de dólares...". Lo que las gentes que así arguyen no son capaces de ver es que de seguir el sistema de libre exportación de mercancías a Europa, con la única diferencia de que esta vez serían mercancías de vida y no de muerte, suponiendo que durase un año más, la deuda federal aumentaría en un 10 ó 20 por ciento, mientras que si se cortan súbitamente los cambios biológicos mundiales por presión de los economaníacos, los Estados Unidos caerán en pobreza, paro forzoso y revolución, y Europa también; la deuda federal subirá en proporciones astronómicas y los dueños de fondos del Estado perderán los fondos y quizás también la piel.

Es trágica lección de la historia que las naciones dan de sí siempre la misma clase de error. Los Estados Unidos han luchado honrada y sinceramente por no caer esta vez en el que cometieron al final de la primera guerra mundial, negándose a formar parte de la Sociedad de Naciones. Gracias a las dotes admirables del presidente Roosevelt, lo han conseguido. Pero el diablo, expulsado por la puerta, vuelve a colarse por la ventana. Vuelven los Estados Unidos a cometer el mismo error, pero en otro plano. Aceptan la solidaridad política con las demás naciones, pero niegan y desconocen la solidaridad económica, y peor todavía, la biológica. Así es posible que Europa muera de hambre y Norteamérica de envenenamiento de la sangre por estar rodeada de muertos.

Jamás se dio mejor ocasión para llevar al mundo por más altos derroteros. Singularmente fecunda en valor moral y en imaginación, la nación norteamericana podría hoy elevarse a una visión del mundo tal como hay derecho a esperarla del pueblo más poderoso que nunca se ha visto. La hora no es como para contar riqueza sino para fomentar la vida.



En *Conversaciones desde La Soledad*, número 2, Bogotá, 2001, págs. 56-59. Publicada originalmente en *Revista de América*, Bogotá, 1947.